

KIOTO, KIRIBATI y COPENHAGUE.

No son las escalas de un crucero de lujo sino de la forma en que los humanos afrontamos y percibimos nuestro principal problema ambiental. Hace dos siglos que James Watt, escocés como Adam Smith, invento la máquina de vapor comenzando así la revolución industrial. Desde entonces los avances científicos y técnicos han sido espectaculares y a pesar de guerras, epidemias y hambrunas, la población humana se ha multiplicado por siete. Así hoy algunos humanos occidentales podemos esquiar en una pista de hielo en el desierto de Dubái o destrozarnos un humedal con un todoterreno. Por su parte los africanos, más dados a los deportes náuticos, practican la pesca del atunero o participan en la regata *offshore* Dakar - Tenerife.

Todo este prodigio de bienestar humano ha sido posible gracias a la emisión de miles de millones de toneladas de CO₂ a la atmósfera donde se han acumulado hasta cambiar su composición química. Hace años que los sumideros naturales de carbono, bosques y océanos, no dan abasto. Fue R. Keeling, uno de los descubridores del fenómeno, y su relación con el progresivo calentamiento del planeta desde la revolución industrial. Según esto el CO₂ acumulado en la atmósfera pasó, en cincuenta años, de 315 ppm (partes por millón) a las 387 actuales. Este exceso sobre la concentración preindustrial (280 ppm) ha incrementado la temperatura media de la tierra un grado centígrado. Las cifras son apabullantes. Anualmente la concentración de CO₂ atmosférico se incrementa un 0,05% anual (17.000 giga toneladas). A este ritmo se alcanzaría a final de siglo el punto crítico de 480 ppm cuando, excluyendo retroalimentaciones, la temperatura media del planeta pasaría de 14 a 16 °C. Es la famosa curva de Keeling.

Consciente de este problema Naciones Unidas creó un panel intergubernamental de científicos para verificar esta hipótesis, que quedó confirmada. Para afrontarlo se estableció el Convenio Marco de Naciones Unidas sobre Cambio Climático que culminó, en 1997, con el célebre Protocolo de Kioto donde se estableció el objetivo de reducir las emisiones globales en un 5,2% sobre la base de 1990. Varios países asistentes, entre ellos los mayores contaminadores, entendieron que reducir emisiones significaba reducir crecimiento económico por lo que se movieron entre el dilema del prisionero (China) o simplemente negar el problema y la solución (USA). El resultado fue que todas las partes de Kioto, salvo las honrosas excepciones nórdicas y Nueva

Zelanda, no solo redujeron sus emisiones sino que las incrementaron conjuntamente hasta un 41 %.

Mientras tanto los glaciares se derriten, algunas especies marinas huyen de la cocción y los fenómenos climáticos extremos se incrementan. También aparecen nuevas oportunidades de negocio. Los consignatarios sueñan con navegar por la ruta del noroeste una vez libre de hielos y osos polares. Las potencias árticas especulan con hipotéticos yacimientos petrolíferos y alguna bodega estudia las posibilidades comerciales de la Denominación de Origen "Vino de Escocia". *Wall Street* valora el mercado de carbono como próxima burbuja financiera. Sin embargo los ciudadanos de Kiribati viven angustiados

Kiribati es un país micronesio de cien mil habitantes, donde sus habitantes viven de pescar para los japoneses y cuidar a jubilados británicos. Un día la pleamar anegó, definitivamente, dos de sus islas. Fue necesario reubicar a cientos de personas, enseres y animales. El nivel del mar sigue subiendo. Los ciudadanos de Kiribati ya son conscientes, a diferencia del primo de Rajoy, de la evidencia del cambio climático pero tienen dos problemas. Su altura media sobre el nivel del mar es de solo cuatro metros y son pobres. Sus autoridades dudan entre seguir reclamando al mundo soluciones o hipotecarse para construir una torre de babel o un Arca de Noé.

La conferencia de Copenhague pinta bien. China ha conseguido ponerse a la altura de USA y ningún olímpico murió asfixiado. Por su parte algún gurú californiano ha conseguido convencer a Obama, pero no a los Senadores creacionistas, de que la atmosfera es democrata y no conoce de fronteras. Además, los premios Nobel no contaminan. Como en Kioto nadie recordara que la deforestación contribuye, por defecto, con casi en un veinte por ciento al problema. Kiribati, sin presupuesto para asistir a Copenhague, sigue dudando entre legalizarse como economía sostenible o convertirse, como sus vecinos de Vanuatu, en paraíso fiscal. Solo así los "Marines" los salvaran de las aguas y los tiburones al grito de ¡La contabilidad primero. Mujeres y niños después!

Carlos F Montero.

Abogado. Analista de *ECODEZ*